



# INCAPACIDAD



En esta nuestra tierra vasca, las discusiones entre amigos terminan, afortunadamente, por lo general, en una apuesta y no en enemistad. No es de extrañar, pues, que una apuesta sea la causa de asomarme nuevamente a esta Revista. Motivo: escribir mil palabras, tratando algún tema localista de interés general.

Me pareció cosa fácil; pero me he equivocado. He buscado la soledad, he suplicado a la «inspiración» su visita; pero nada ni nadie acude a mi llamada. He perdido la apuesta y no quiero buscar paliativos a mi derrota. Algunas veces he visto emplear expresiones tratando de aminorar el efecto de una causa, y siguiendo esa costumbre, yo podría decir que mi derrota se debe a una «atrofia de la parte anterior del encéfalo»; pero prefiero llamar a las cosas por su nombre: INCAPACIDAD.

Tozudez y amor propio forman parte de mi manera de ser. No puedo perder sin lucha, y escribiré las mil palabras, aunque para ello me vea obligado a tratar de demostrar que ya no existe el interés general y que nadie se ocupa de los temas localistas.

Por desgracia, hay algo de verdad en todo ello; porque hablar del interés general ya no es más que un tópico manido, pues nos hemos hecho tan individualistas, que no pensamos que con ello rozamos la estupidez más perfecta.

Individualismo es sinonimo de egoísmo, porque es el resultado de un amor excesivo de sí mismo. Sin embargo, a pesar de nuestro individualismo, admitimos que la generosidad basada en el amor es la única fórmula para el buen desarrollo de las relaciones humanas; y por ello, gustamos de usar y aun abusar de frases hechas, que procuramos adornar con ribetes de altruismo, al invocar «el bien común», o el «interés general», etc.; pero todo se reduce a ruidosas voces, nunca sentidas, que más que fruto del verdadero amor al prójimo, son signos externos con los que pretendemos ocultar el egoísmo y la ambición que, al correr el tiempo, va dejando al descubierto nuestro paso por la vida...

La pasión desordenada por el dinero nos ha hecho egoístas y, por lo tanto individualistas; y por ello, el sacrificio de quienes perdieron sus mejores años forjando nuestra formación espiritual, ha sido vano, porque, cegados por «el estiércol del demonio», como alguien denominó al dinero, lo único que nos queda de esa formación espiritual es la apariencia engañosa de algo que queremos demostrar poseer, pero que no sentimos.

Es desconsolador pensar que, mientras sigamos reconociendo la soberanía del oro, nuestra única obsesión será hurgar en ese estiércol, incapaces de un elevado sentimiento como es el amor; pero es más triste todavía comprobar que, una vez en posesión de esa soberanía, salvo honrosas excepciones, cambia nuestra mentalidad, haciendo que todos nuestros actos, ideas, pensamientos y decisiones giren siempre en torno a un individualismo materialista, intransigente a cualquier otra filosofía económica, convirtiéndonos en seres fatuos, que más que a risa movemos a la

conmiseración, porque la nueva personalidad, exenta de espiritualidad, nos hace amanerados y engraidos y nuestros labios son incapaces de pronunciar otra cosa que no sea la unidad seguida de muchos ceros...

Séneca, célebre filósofo, decía que «una gran fortuna es una gran esclavitud»; pero nosotros, profanos en filosofía, estamos empeñados en demostrar que «una gran esclavitud es la falta de fortuna».

Me he extendido demasiado en particulares consideraciones, exponiendo mi punto de vista sobre el «interés general», en el que no puedo creer mientras no abandonemos este individualismo materialista que nos domina, dedicándonos un poco a los demás y algo menos a nosotros mismos. Por ello, voy a pasar al tema localista; pero ¿qué puedo decir? El pueblo ha crecido y se ha extendido de tal forma, que me considero un extraño en mi propia casa.

Tampoco puedo escribir sobre un tema localista, porque vivo en el recuerdo de un pequeño pueblo agrupado en una gran familia de distintas costumbres en el decir y en el hacer, y la realidad de un gran pueblo que me ha reducido a mi pequeña familia, me produce un dolor difícil de poder explicar, es como una impresión de que Rentería ha huído de sí misma, para refugiarse en determinadas sociedades como el «Gau Chori», «Alcartasuna», «Touring», etc., donde me parece que el amor al pueblo que los vio nacer, o les acogió con cariño, tiene todavía un significado. Fuera de estas puertas encuentro un vacío muy grande que solamente desaparece por las fiestas patronales, porque ellas conservan la tradición de un programa y un centenario, que ojalá dure luengos años, reuniendo por unos días a muchos de los renterianos ausentes, con lo que el pueblo recobra el ambiente que no debió perder nunca.

\* \* \*

Un recuento de las palabras escritas me demuestra que todavía debo llenar algunas líneas más para cubrir el expediente.

Las voy a dedicar a «Manolo el cartero». Me resulta simpático; quizás por afinidad de padecimientos: «morbosis laboral» (expresión inédita de dudoso tecnicismo).

Siempre he deseado preguntarle si vino a este mundo con un pan debajo del brazo o si traía una saca de correspondencia. No comprendo por qué sigue siendo «Manolo el cartero», cuando, por respeto a su edad, debíamos llamarle don Manuel y evitar que la familiaridad cariñosa de algunos se convierta en costumbre generalizada.

Ignoro los kilómetros que ha recorrido en el desempeño de sus funciones, pero creo deben ser muchos, porque he observado que algunas personas que han ejercido la misma profesión durante muchos años llegan a adquirir hábitos o costumbres y hasta deformaciones físicas a causa de su trabajo; y los pies de Manolo hablan muy claro de su cotidiano

peregrinar, pues mientras su pié derecho se inclina ligeramente al Norte, el izquierdo lo hace al Sur, como si ambos arrastraran consigo la fatiga de las distancias recorridas...

Si algún día, en Rentería, se piensa rendir homenaje a la constancia y la laboriosidad, debemos pensar en «Manolo el cartero»; pero no pidamos una medalla para él, sino que la «voluntad» guarde más relación con el coste de la vida. En estos tiempos de materialismo, las medallas se cuelgan, pero si falta la «voluntad» es uno mismo el queda colgado.

\* \* \*

Tú, lector, que has tenido la paciencia de leer hasta el final, te preguntará ahora: pero, ¿qué relación existe entre la incapacidad del autor del escrito, Séneca y los pies de Manolo? Esta misma pregunta me la he formulado yo, sin encontrar contestación, porque no la hay; todo se debe al deseo de escribir las mil palabras de la apuesta.

Acuso recibo del adjetivo que «in mente» me dedicas. No te lo agradezco, pero lo comprendo. Es la misma reacción que todos tenemos cuando un mal «escribiente» nos hace perder el tiempo; sin embargo, debes comprender que para mi amor propio ya es suficiente castigo verme obligado a rendir público tributo de incapacidad.

*Alfonso Polo Lizarralde*

*Julio 1.956*

# GARAGE LETE

ESPECIALIZADO EN  
REFORMAS Y  
REPARACIONES



Teléfono 55418

RENTERIA

## Productos Vinyl, S. A.

MANUFACTURAS DE RESINAS SINTETICAS



Avda. de Navarra, 44

Apartado de Correos n.º 17

Teléfono n.º 55-2-51

RENTERIA

(Guipúzcoa)

## PASTELERIA PAQUI

Especialidad en Tartas, Pasteles, Helados de Corte

“LA MARAVILLA”

VITERI, 4

RENTERIA